

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { > trimestre..... 2,50 ;
 { > año..... 10 ;

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { > semestre..... 6 ;
 { > año..... 12 ;

LOS GRANDES DÍAS DE LA PATRIA

Donde se cuenta la aventuras de los peroles y de
las cacerolas, con otros famosos sucesos.

—En verdad te digo Sancho, que ahora sí que la suerte, artifice de sorpresas y maquinadora de grandes acontecimientos, dispone la más portentosa aventura que vieron los siglos y narraron las historias. Desde este alto en que estamos, veo la mar cuajada de muchos y muy poderosos navíos, que armados de terribles cañones y tripulados por innumerables gentes de marina, amenazan devorar al mundo, y por esto muy orgullosos dejan que el viento muestre a nuestros maravillados ojos las estrelladas y de sangre listadas banderas.

—A esa cuenta, lo que vuesa merced ve, ó cree ver, son visiones de su fantasía, que no otra cosa.

—Escuadras, y tremendas escuadras con la bandera norteamericana, es lo que veo, Sancho; quisiera Dios que no las viese.

—¡Já, já, já! Bien digo yo que vuesa merced está viendo fantasmas de sueño. Esas que vuesa merced toma por escuadras, son unas enormes baterías de cocina; malos pinches los que vuesa merced piensa que son tripulantes, y las naves grandes cacerolas y peroles. No es bandera estrellada, sino manchada, la que llevan, y los listones no son barras de blasón, no, y mil veces no.

—¿Pues qué?

—¡Tela de colchones!...

—Mira, Sancho, que creo que te engañas, no en lo de la bandera, que así es la verdad, que parece tela de jergón, pero te engañas en cuanto a despreciar las monstruosas naves y la pericia de los que las gobiernan. Allá veo a Alifanfarow, almirante de los mares muertos; tras de él el capitán de los carapusas, Siklemierdigs el de las antiparras montadas, porque siempre entra en los combates con los anteojos en las narizotas, y es que es hombre que se ha quemado las pestañas estudiando planes y artes de guerra.

—Para mis barbas que se le conoce poco el estudiar, según mis noticias, porque he oído decir que fueron a la isla de Cuba a blanquearla con los barcos.

—Bloquearla, Sancho, que no blanquearla. Es decir, a cercarla de modo que no entre en ella barco alguno.

—¡Ya lo entiendo! Pues fueron, según iba diciendo, a eso que vuesa merced dice, y además a ver si engañaban a nuestros marinos para que llamándoles sobre la Habana acudieran éstos a la defensa y fuera fácil encerrar nuestros barcos en el golfo de Méjico, y ahora resulta, que en Cuba entran y salen a su gusto nuestros valerosos barcos mercantes y que nuestra escuadra está donde los tios esos ignoran y los tios, es decir, yankees... Fuésemos la lengua, perdóneme vuesa merced.

—Cuida de que no se te vaya otra vez, y advierte que la buena crianza manda que no se nombre a esos sucios animalitos, a los cuales, la antigua ley llamaba inmundos. Sigue tu charla y no te emborraches hablando.

—Decía, que los de la vista baja, no saben ahora qué hacer, llenos de medrana. ¿Irán a defender su casa?

¿Saldrán a atajar la marcha de nuestros buques de guerra? ¿Permanecerán haciendo el oso a la Habana? Son unos grandes burros, mi señor amo.

—¡Razón tienes, Sancho! ¡Viva España!

—Viva, ¡y viva el Monserrat y su capitán, el valeroso Deschamps! ¡Viva La Ligera, viva la Marina de guerra y viva la Marina mercante; y viva la Compañía Trastántica española...!

—Basta, Sancho; no grites más.

—Ronco estoy, señor, de gritar; y loco de alegría, porque veo lo que menos esperé ver; la torpeza de unos enemigos a los cuales, aunque marranos ellos, egoístas ellos y cobardes ellos, creíamos todos muy listos y muy diestros en mecánicas é instruidos en químicas para la guerra, y resulta que en vez de escuadra, tienen una batería de cocina; y que en vez de valor, torpeza; y en vez de inteligentes planes dan en la estupidez de querer sostener un sitio en las más absurdas condiciones.

—¿Y qué sabes tú de esto, Sancho?

—Hablé con quien ha sabido explicármelo y que de estas guerras de mar entiende.

—¿Qué te dijo el tal, quien sea?

—Pues díjome, señor, extendiendo sobre la lisa tabla de una ancha mesa un mapá ó mapa. Vea aquí, hermano Sancho; esto es la Habana. Aquí están los barcos esos: el *Mierdópolis*, el *Marchenseustés*, el *Cohombro* y otros; a sus espaldas el estrecho de la Florida, en medio del cual da furiosa vuelta el torno de una temible corriente de agua caliente (corriente que se llama del Golfo Hraeen,) al Este un Archipiélago, el antillano, al Oeste el Golfo de Méjico, al Sur Cuba y más abajo otro estrecho, el de Jucatán.

—Eso es una ratonera, amigo Sancho. Ahí querían ellos que entraran nuestros marinos; ahí es donde no pueden sostenerse los bárbaros cerduños. Ahora el miedo los tiene más que aturdidos, locos; no saben dónde ir ni qué hacer.

—¿Y qué piensa ese tu amigo que podrá ocurrir?

—Piensa en la victoria, puesto en Dios el corazón.

—Sí, la victoria; con esto nos basta.

—¿Quién dijo tal? ¿Que nos basta con la victoria? ¡Ah, mi señor, y como que no hemos de acabar en esta ocasión, al cabo de tan grandes sacrificios contentándonos tan solo con una frase bonita y gloriosa, como la del gran Méndez Núñez en el Callao. No. En Dios y en mi ánimo, que vuesa merced sigue siendo lo que siempre ha sido, un bonachonazo perdido de generosidad. No. Ahora será cosa de juzgar severamente a todo el que, si la guerra fuese adversa, se atreviese a pronunciar la palabra de rendimiento; pero también al que si Dios soberano nos otorgase el triunfo, se contentase con la gloria.

—Verdad, verdad, Sancho amigo, que hoy se libra este terrible combate; tan grandioso es, que si por él se diese la muerte de España, hasta la muerte podría aceptarse. ¡Qué muerte... con una guerra en el Atlántico, otra en el Pacífico, trastornando de un modo formidable la vida del mundo... Pero no, Sancho, no es la muerte; es nuestro glorioso renacimiento, y es necesario que, además de ser valientes hasta el heroísmo... no seamos tontos... El lema es este: «O ellos, ó nosotros...»

¡Viva España!

FECHA PATRIÓTICA

Dentro de unos días España entera celebrará la glosa fecha del Dos de Mayo de 1808.

Los hermosos versos que López García dedicó a conmemorar tan grandiosa epopeya, tienen en estos momentos sabor de actualidad.

Por eso los reproducimos, y para que el brillante canto del poeta nos haga recordar glorias pasadas y reanime, si esto fuera preciso, nuestro amor por la patria.

He aquí los versos de López García, de tan sugestivo españolismo:

EL DOS DE MAYO

Oigo, patria, tu aflicción,
y escucho el triste concierto
que forman tocando á muerto
la campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
miro flotantes crespones,
y oigo alzarse á otras regiones
en estrofas funerarias,
de la iglesia las plegarias,
y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
los que su amor te ofrecieron...
¡á tí, á quien siempre temieron,
porque tu gloria admiraron;
á tí, por quien se inclinaron
los mundos de zona á zona;
á tí, soberbia matrona,
que libre de extraño yugo,
no has tenido más verdugo
que el peso de tu coronal...

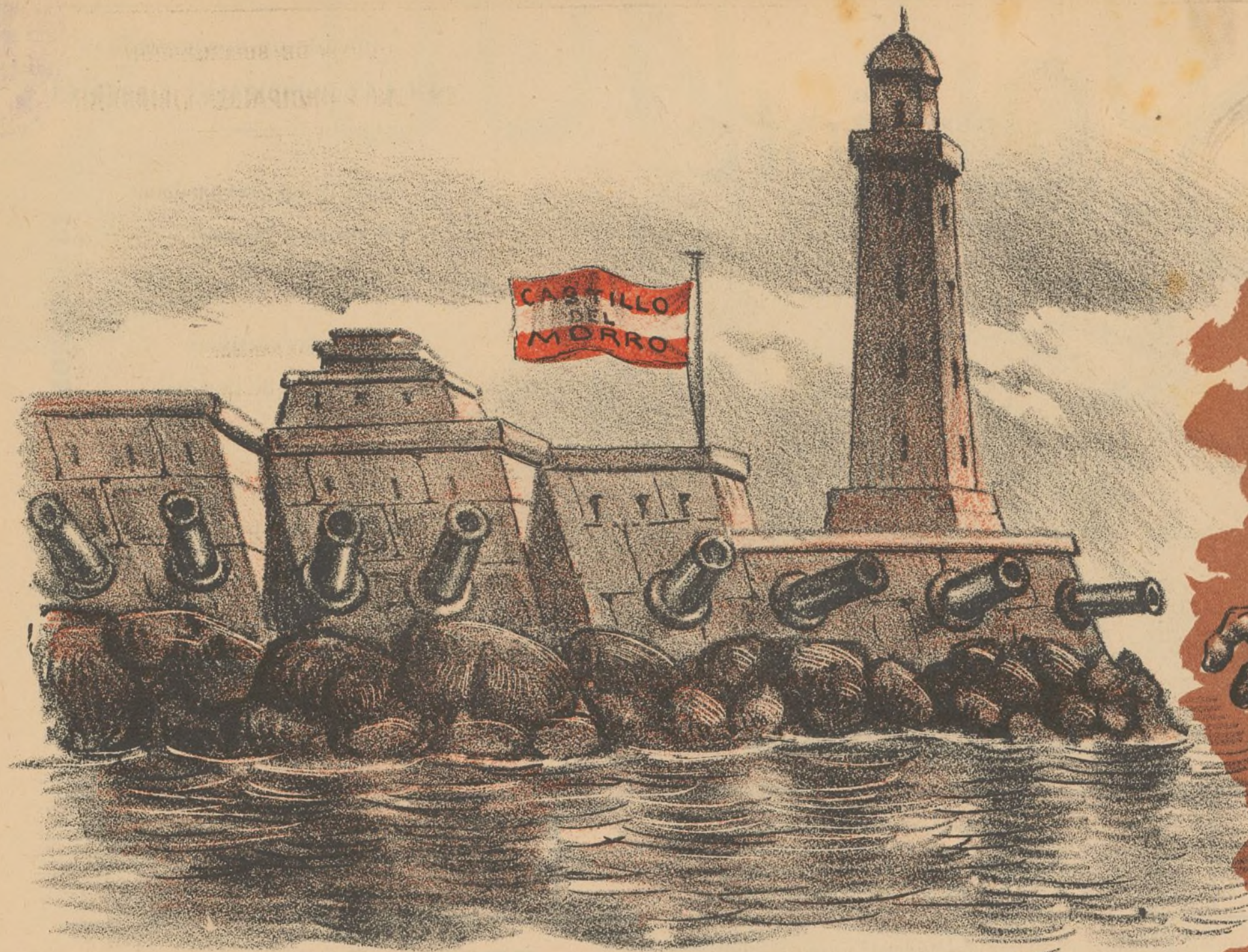
Doquiera la mente mía
sus alas rápidas lleva,
allí un sepulcro se eleva,
cantando tu valentía;
desde la cumbre bravia
que el sol indio tornasola,
hasta el Africa, que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!

Tembló el orbe á tus legiones,
y de la espantada esfera
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria;
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo,
ni en los ámbitos del mundo,
ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual
cantan tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu suelo virginal
no arraigan extraños fueros...
porque, indómitos y fieros,
saben hacer tus vasallos

DON QUIJOTE

LA ACTITUD DE D. PRÁXEDES



¡Cochinos, acérquense ustedes si se atreven!



Piraterías y armas al hombro.



Sigue llevándose las manos a la cabeza.



—¡Toma, para que te entones!



¡Capones! ¡Capones!

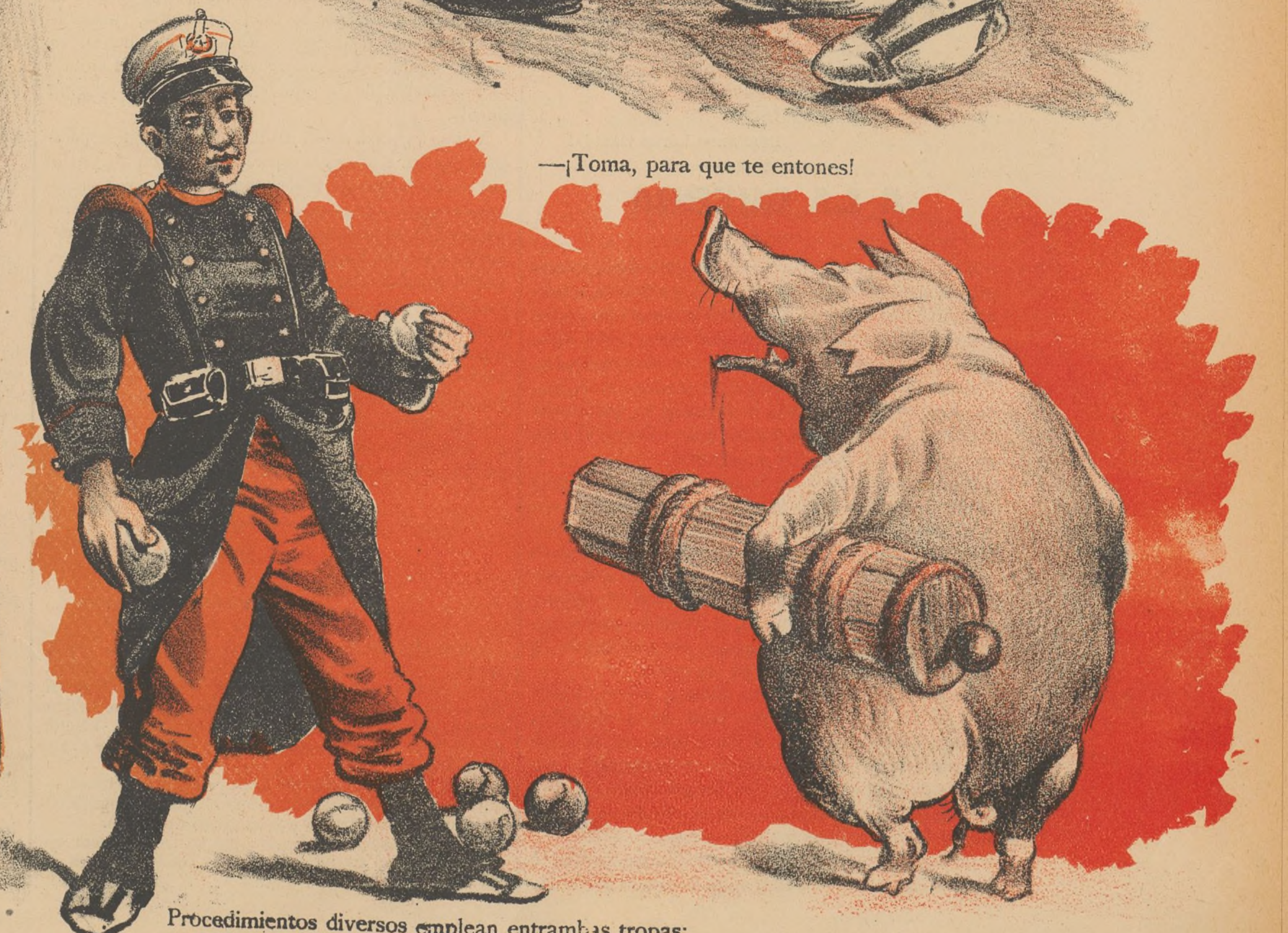
Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.



Corte de cuentas y corte de mangas.



Amores interesados.



Procedimientos diversos emplean entrambas tropas: unos luchan con cañones y otros luchan con petotas.

Ayuntamiento de Madrid

frenos para sus caballos,
con los cetros extranjeros...

Y aún hubo en la tierra un hombre
que osó profanar tu manto...
¡espacio falta á mi canto
para maldecir su nombre!...
sin que el recuerdo me asombre,
con ansia abrí la historia;
presta luz á mi memoria,
y el mundo y la patria á coro
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambición
que en su delirio profundo,
cantando guerra, hizo al mundo
sepulcro de su nación,
hirió al ibero león
ansiendo á España regir;
y no llegó á percibir,
ebrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser
pueblo que sabe morir.

—¡Guerra!—clamó ante el altar
el sacerdote con ira.
—¡Guerra!—repitió la lira
con indómito cantar.
¡Guerra!—gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra.
Y cuando en hispana tierra
pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron
gritando: ¡Venganza y guerra!

La Virgen, con patrio ardor,
ansiosa salta del lecho;
el niño bebe en el pecho
odio á muerte al invasor;
la madre mata su amor,
y cuando calmado está,
grita al hijo que se va:
«¡Pues que la patria lo quiere,
lánzate al combate y muere,
tu madre te vengará!...»

Y suenan patrias canciones,
cantando patrios deberes,
y van roncadas las mujeres
empujando los cañones:
al pie de libres pendones
el grito de patria zumba,
y el rudo cañón retumba,
y el vil invasor se aterra,
y al suelo le falta tierra
para cubrir tanta tumba.

Mártires de la lealtad,
que del honor al arrullo
fuisteis de la patria orgullo
y honra de la humanidad...
En la tumba descansad,
que el valiente pueblo ibero
juzga con rostro altanero,
que hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

A LA GUERRA

Vamos á la guerra. Vamos á ella exhaustos, desahogados, arruinados, pero tranquila la conciencia, sereno el ánimo, alta la frente. Los motivos que un día pudieron sonrojarnos no existen ya, por dicha. Cuba española es ya un pueblo libre. Ya no hay reconcentrados. Nuestro modo de guerrear es el de una nación civilizada. Ningún pretexto tiene la agresión de que somos víctimas. El patriotismo español está ya limpio de todo reproche de inhumanidad é injusticia.

Vamos á la guerra. No la hemos buscado. Cuanto cabía hacer dignamente por evitar el choque, todo ello y un poquito más lo han hecho nuestros gobiernos. Hemos apurado el cáliz de la afrenta. Hemos llegado al último límite de la mansedumbre. Tenemos de nuestra parte toda la razón. Nunca en la historia fué nación alguna injuriada, calumniada, amenazada, menospreciada como viene siéndolo España por una horda de energúmenos sin conciencia ni educación.

Vamos á la guerra nosotros débiles, pobres, contra una nación rica y poderosa; pero vamos obligados, arrastrados por la necesidad, por la fatalidad, impulsados por uno de esos sentimientos que no permiten medir las fuerzas ni calcular los riesgos. Para nuestros voeíngleros y jactanciosos enemigos esta guerra será un negocio; para nosotros es duelo de honor.

Vamos á la guerra, y no vamos por mantener ningún interés egoísta, por recabar ningún sordido provecho.

Vamos á defender, al mismo tiempo que la honra nacional, el derecho del pueblo cubano, la libertad de Cuba bajo la bandera de España. Cuba autónoma no es ya para nosotros finca productiva ni mina explotable. Es la hija emancipada, pero empobrecida, desgraciada, que hay que sostener y amparar. Para impedir que caiga en la barbarie negra ó sea presa de la codicia yankee, para eso va España á afrontar una lucha desigual en que nada tiene que ganar.

Vamos á la guerra y vamos solos, abandonados en nuestra legítima querrela por todo el mundo culto, pese á la desafortunada solicitud del Pontífice, pese á los malhadados buenos oficios de las grandes naciones de Europa. Solo los pueblos nos acompañan con sus estériles simpatías. Soberanos y gobiernos no están por lo que ahora ha dado en llamarse política sentimental. Este desamparo de una causa justa dará á la posteridad la medida exacta del luctuoso fin de siglo que alcanzamos. Acaso las potencias no tarden en arrepentirse amargamente de su conducta actual. Acaso antes de mucho tiempo esa ciega América latina lllore con lágrimas de sangre su indiferencia y su apatía. Por el momento las naciones civilizadas, atentas sólo á su interés, empedernidas en sus egoísmos, verán consumarse, encogidos de hombros, la obra de iniquidad.

Vamos á la guerra y no vamos á ella al amparo de la única institución política genuinamente nacional, ni dirigidos por estadistas serios que hayan sabido captarse el amor y la confianza del país. Vamos, por nuestra desgracia ó nuestra culpa, bajo instituciones parciales, dirigidas por gobernantes ineptos. Vamos bajo la opresión de que, en momentos tan supremos, un interés cualquiera que no sea el interés de la patria pueda pesar algo en el ánimo de aquellos á quienes el caso ó nuestros pecados encomendaron la dirección de nuestros destinos.

En estas condiciones tiene que afrontar España una de las más tremendas crisis de toda su historia. ¿Qué hacerle? Fuerza es que el heroísmo supla las deficiencias de la razón y el buen sentido. No sabiendo ser prudentes tenemos que ser grandes. No pudiendo ser discretos y previsores tenemos que ser mártires. El corazón ha de redimir los pecados del cerebro. A falta de aritmética necesitamos la epopeya.

Para los que años y años venimos esforzándonos en enterrar con muchísimos respeto á la España tradicional para elevar sobre su tumba una nueva España moderna y civilizada, la guerra á que tan brutal como inicuamente ahora se nos provoca constituye la bancarrota de nuestras esperanzas. Vencedores ó vencidos, pagaremos caros sus efectos. Materialmente significa la ruina de la Hacienda de nuestros hijos. Moralmente será para el espíritu nacional un salto atrás de tres centurias. Pero, pues ello es preciso, á ello hay que ir con absoluta decisión. La hora del cálculo pasó y ha sonado la del sacrificio. Vamos todos á él, si no con el júbilo de la esperanza, con la inquebrantable voluntad de la desesperación. Si está escrito que nuestra raza deba sucumbir, si estamos destinados á presenciar el último acto del drama de nuestra historia, sucumbamos al menos bellamente. Muramos con honra, ya que no supimos vivir con provecho. Demos al mundo el espectáculo de la grande inmolación de un gran pueblo.

Y luego, ¿quién sabe? ¡Es tan amarga la desesperación! ¡Es tan rediviva la esperanza! ¡Hay en las naciones tantas fuerzas ignoradas, tantas ocultas y desconocidas energías! Lentamente se consumían el espíritu nacional de acoquinamiento y de anemia. Todo es preferible á ese fin. La guerra será un revulsivo. Esta sociedad soñolienta se verá rudamente sacudida. Los caracteres se templarán en la lucha; las pasiones nos despertarán del letargo. Lo que España tenga dentro saldrá, en fin, á la superficie. Hay que fiar algo en la virtud purificadora del infortunio. ¿Quién sabe si esos yankees rústicos y groseros no están destinados á operar con sus provocaciones la regeneración de España? La historia se vale á veces de semejantes instrumentos. Tampoco sin los sayones hubiese habido redención.

ALFREDO CALDERÓN.

TARJETA

Para Isidoro L. Lapuya.
EN PARÍS.

Ivette Gilbert—me dice usted en su última carta, escrita con la inspiración del patriotismo en fiebre,—ha tenido la hermosa idea—hecha pública por el *Gil Blas*,—de proponer á las señoritas francesas que envíen á las españolas, como prueba de simpatía y afecto, ramos de flores engalanados con las banderas de Francia y España.

Usted quiere, mi querido Lapuya—y yo con usted,—que demos de algún modo nuestro agradecimiento á la gran artista por su gentil iniciativa.

Yo le enviaría á usted, para que se las ofreciera en nombre de las mujeres españolas, todas las flores de los vergeles de Valencia y Murcia... ¡Todas las flores!

Pero acaso la encantadora artista crea más conveniente que las reservemos para obsequiar con ellas al ejército español cuando regrese victorioso de la lucha. De todos modos, mi querido Lapuya, yo creo que debiera usted abrogarse la representación de nuestras compatriotas, y saludar en nombre de ellas á Ivette Gilbert, depositando en su frente el beso de amor de todas las españolas.

MIGUEL SAWA.

REGALO A MAC-KINLEY

De un artículo de Luis Bonafoux:

«Entre las familias de provincias que bien se quieren, consérvese la pintoresca costumbre de obsequiarse con huevos por Pascua florida.

Los huevos de regalo carecen de artificio en los pueblos de Francia.

Frescos y hermosos, recójense de los gallineros, se llevan á la iglesia para que los bendiga el cura, y luego se reparten entre los vecinos.

En París, donde todo se afemina, los huevos de Pascua son artificiales: huevos de lilas blancas sobre un carrito de violetas arrastrado por un palomo; huevos hueros para colocar alhajas; huevos con lazos de colores; huevos, en fin, de chocolate Menier. ¡Eso no son huevos!

Puesto que en España los hay tan hermosos como frescos, España debe enviar á Mac-Kinley, como regalo de Pascua y en contestación de su Mensaje, un par de huevos como la copa de un pino.»

LANZADAS

La escuadra norteamericana sigue ocupada en la honrosa tarea de capturar á todo buque mercante español que pasa por su vera.

¡Bonito sistema de combatir!

Porque eso, digan lo que digan, no es más sino el robo erigido en sistema de guerra.

Algunos lectores nos preguntan si el acaudalado banquero Sr. Martín Esteban, se ha decidido por fin á contribuir con alguna cantidad á la suscripción nacional.

¡Sí, señores; pues no faltaba más!

El tal ha dado un millonaje de reales.

Y en calderilla por más señas, para que pareciera más.

Y continúan subiendo los cambios.

Y siguen bajando los valores públicos.

Y aumenta la alarma en la Bolsa y fuera de la Bolsa.

Y la gente se pregunta:

—¿Dónde vamos?

Fácil es la respuesta.

Vamos á... donde nos llevan las circunstancias.

¡Qué gusto!

La *Correspondencia* nos hace saber que los cruceros norteamericanos *Minneapolis* y *Columbia* navegan á estas horas con rumbo á España.

¡Cielos! ¿Y qué va á ser de nosotros si por casualidad llegan hasta el Manzanares?

La mayoría de los buques de la escuadra norteamericana están haciendo la limpieza de sus fondos.

¡Haciendo la limpieza!...

¡Cochinos!

La prensa yankee se dedica estos días á enaltecer el valor de los marinos norteamericanos.

¡Muy bien hecho!

Pero ya sabemos que todos esos señores son unos Miles por cuales.

Telegrama del jefe de nuestra escuadra en Filipinas:

«Manila 26.

Salgo con escuadra tomar posiciones esperar enemigo.

MONTOJO.»

¿Comentarios á este telegrama?

Pues este:

—¡Viva España!

«El Vaticano mantendrá una neutralidad estricta entre España y los Estados Unidos.»

¡Gracias, Vaticano!

El almirante Butler, en el Senado norteamericano: «Los constructores de los buques de guerra han robado á la nación, porque las corazas de nuestros barcos, especialmente las de los llamados *Massachusetts*, *Texas* y *New-York* son defectuosas, y hasta afirman que inútiles para la defensa.»

Coro de senadores:

¡Oh, qué patria rica!

¡Oh, qué gran nación!

¡Oh, qué magnífica

civilización!

El señor ministro de Hacienda ha presentado ya los presupuestos á las Cortes.

¡Entonemos una marcha fúnebre en honor del contribuyente!

De Felipe Pérez:

«El general de los yankees,

es *Miles*, y lo comprendo;

el jefe puede ser *Miles*

si es cada sol lado un 100.»

Libros:

Reivindicaciones históricas.—La *Lusitania Celtibérica*, por D. Anselmo Arenas, catedrático del Instituto de Granada.

Un trabajo de verdadera erudición, y tan curioso como bien escrito.

De venta en todas las librerías.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.